

refiero a los novelistas y poetas, no están actualmente exiliados; me refiero concretamente a García Márquez, José Donoso, Mario Vargas Llosa, Jorge Edwards, Alejo Carpentier, Ernesto Sábato, Carlos Fuentes.

Reflexiones finales

Les ruego, queridas amigas y queridos amigos, perdonar a este escritor latinoamericano que, temo, haya exagerado los tonos sombríos de la nostalgia y de la cerrota, porque el exilio, como decía Magda Portal, nos hace tener muchas veces la actitud de los árboles suicidas en los caminos polvorientos y solos; creo que el exilio es consustancial con la historia de nuestros pueblos, desde los mismos días de haber surgido como naciones independientes, y ahí quedan los casos de aquellos padres de la patria a que yo me refería en un comienzo. Y creo, también, que no existe y aún que no puede existir, una literatura hispanoamericana del exilio, ya que estaría privada de sus auténticas raíces, de la presencia telúrica de una geografía dispersada y gigantesca, de la turbulencia de un combate social ininterrumpido, de las condiciones indescriptibles de la miseria y el subdesarrollo.

Existen, sí, escritores en el exilio, que continúan su lucha por recuperar los valores de la educación y la cultura, que forman parte de los cientos de miles de patriotas desterrados, que se sienten en su casi totalidad como combatientes, en el sentido de José Martí, de la gran causa de la revolución liberadora de sus pueblos. Con ellos late mi solidaridad y mi esperanza.

Muchas gracias.

Oscar WAISS
Escritor
Madrid
(España)

II

Un sello en mi pasaporte impide confusiones de la memoria: llegué al aeropuerto de Barajas el 2 de junio de 1976. El 24 de marzo se produjo en la Argentina el golpe militar, y desde esa fecha la represión ideológica que tiempo antes habían instaurado bandas parapoliciales bajo el rótulo de las Tres A se institucionalizó. Miembros de las Fuerzas Armadas, con o sin uniforme, se presentaban en mitad de la noche en las casas de sospechosos de oposición al nuevo régimen y con total impunidad se llevaban detenidas a veces a familias enteras. Los que se atrevían a resistir eran muertos allí mismo. En las instalaciones policiales y militares nadie daba razón de los secuestros y se respondía a quienes reclamaban con una frase que se reiteraba sin cambios en comisarías y cuarteles: «Aquí se desconoce el hecho». Por su parte los jueces se inhibían en los casos de habeas corpus planteados a favor de los desaparecidos. Durante el día, las requisas se efectuaban cerrando una calle y obligando a descender a pasajeros de coches y autobuses en impresionantes operativos que terminaban indefectiblemente con algún detenido. El solo hecho de poseer libros tildados de marxistas significaba un peligro, y las familias comenzaron a incendiar parte de sus propias bibliotecas; otros, los que tenían un jardín, los enterraban envueltos en plástico con la esperanza de poder exhumarlos algún día. A todas horas las sirenas de los Ford Falcon verdes sin matrícula utilizados por las fuerzas de represión aterrorizaban la ciudad con su carga de tortura y de muerte.

La ultraderecha había tomado la costumbre, desde mediados de 1974, de efectuar

amenazas telefónicas cuyos destinatarios en muchos casos fueron asesinados. Hacía meses que yo vivía en una constante incertidumbre a causa de esos llamados que recibía en mi oficina y en mi casa. Como dato suplementario, al día siguiente del golpe me echaron del trabajo incluyendo mi nombre en una lista de personas supuestamente peligrosas para la seguridad del Estado. Además, desde meses antes estaba prohibido en radio y televisión, que junto con la prensa escrita y la docencia, fueron mis actividades habituales durante muchos años. Estos antecedentes bastaban para que ninguna empresa periodística privada se atreviese a emplearme, porque para incluir un nuevo trabajador en las plantillas se requería un certificado de «buena conducta» de los servicios de informaciones. Por tanto, si me quedaba en la Argentina estaba condenado —por lo menos— al miedo y la miseria y decidí, como tantos otros, emigrar.

Elegí España porque había estado antes, en 1970, en un viaje mitad de trabajo y mitad de turismo, y me parecía el destino más afín a mi carácter, a mis simpatías y a mis fervores. (No porque si mi hijo mayor se llama Federico por García Lorca y un poema escrito hace unos veinte años lo titulé «Abuelo León Felipe»). Estaba perfectamente al tanto de lo que ocurría en literatura española desde hacía varios años; incluso había comentado algunos primeros libros de autores que luego fueron notorios, y supuse que si no ese interés, si al menos existiría en la península una cierta curiosidad intelectual por lo que ocurría en Iberoamérica en el mismo idioma. Me equivoqué.

Por otra parte, recordaba el trato que habían recibido en Argentina los intelectuales españoles exiliados en 1939 *quienes sin dificultades habían desempeñado cátedras, habían accedido al periodismo, a la radio, a la traducción, al mundo de las editoriales, todo lo cual facilitó su integración inmediata en el mundo intelectual. La primera persona con la que había trabajado en periodismo había sido también un español, el poeta gallego Lorenzo Varela; uno de mis primeros libros había sido editado por Losada, cuyo director también era un español, y había compartido en muchas redacciones en ruido de las Olivettis y las Linotipias con decenas de personas que diferenciaban la zeta de la ese. Seguramente alenté la fantasía de que podría esperar una mínima dosis de reciprocidad. Y también me equivoqué.*

Llegué a España con trece libros publicados; poemas míos habían sido traducidos a seis o siete idiomas y suponía que, acaso como un exotismo, el arribo de un extranjero provocase entre mis colegas españoles esa homeopática curiosidad imprescindible para poder comunicarse con quienes se dedican a las mismas actividades. Me encontré con un mundo cerrado, clánico, que se autoabastecía y se autoabastece con sus propios creadores y una universidad que por su misma estructura es —salvo muy contadas excepciones— prácticamente impermeable a lo que ocurre en Iberoamérica.

Si a la traumática experiencia del exilio se le agrega la imposibilidad de inserción en el ámbito de las propias actividades, la desolación del destierro se multiplica. El exiliado llega arrastrando una carga de muerte, de soledad, de tristeza, donde la nostalgia actúa como un gran común denominador. Se echan de menos las cosas mínimas, los vecinos que nunca habíamos saludado, la voz que por teléfono nos informa la hora, el color de los autobuses, el timbre de los locutores radiales, los matices verbales para designar alimentos. Sin hablar de los familiares, los amigos, las costumbres cotidianas, el contexto en el que se ha nacido, los sitios en donde hemos amado, donde hemos crecido, los paisajes que habitan los mejores recuerdos.

Cuando la emigración es voluntaria, uno elige el instante de la partida y, aunque esto no sea totalmente cierto, supone que también podrá optar por un lapso impreciso, que puede dilatarse por mucho tiempo y el viaje adquiere así el carácter de una injusta condena. Si en ese momento se le cierran las puertas y se ponen vallas a los caminos de su integración ese hombre tiene la sensación de ser un paria que en mitad de su vida deberá recomenzar desde cero sin la protección del ámbito en donde su biografía posee algún significado para los demás. Pero al llegar al nuevo destino

advierde que su historia se ha esfumado. Que sus libros vuelven a estar inéditos. Entonces, naturalmente, el exiliado, como integrante de cualquier minoría marginada, queda limitado al gueto, al menos al gueto intelectual, de sus compatriotas, como una manera de recuperar su propia identidad. Al haber perdido interlocutores es habitual que trate de rodearse de fetiches que recompongan una imagen, aunque sea lejana, caricaturesca, de aquel mundo del que fue desgajado con violencia. Discos, viejas fotografías, postales, periódicos atrasados tratan de recomponer inútilmente un clima conocido. Encerrado en otros límites, acotado por sus propias murallas, el mundo intelectual español no pudo asimilar la llegada del exilio y prefirió ignorarlo.

Pero como bien decía Antonio Machado, existen dos Españas. Y la sentencia es válida no sólo en el terreno socio-político; existen dos Españas en muy diversos planos. También ante el exilio. En mi caso, la indiferencia, el desinterés del mundo intelectual halló su contrapartida en otros ambientes de los que yo rescataba la España que me habían mostrado algunos de mis autores preferidos. En la cola del mercado, en la persona que me depachaba la verdura, en el panadero, en la jerga de un portero granaino que en los primeros tiempos casi no atinaba a descifrar, en un vecino en el asiento del autobús, en mis caminatas por el Retiro, en mucha gente joven, casi adolescente, en quienes hallaba un sentido de la libertad personal y una falta de formalidad que contrastaba con el empaque de personajes muy notorios de otras generaciones. Era esa España vital, fresca, solidaria y anticonvencional la que a siete años de distancia me sigue pareciendo lo mejor de este país y también su esperanza. El carnicero me contaba que tenía parientes en la Argentina, el vendedor de periódicos me confesaba que hacia mediados de los cincuenta había pensado viajar junto con un hermano que se atrevió a hacerlo y que de tanto en tanto le escribía. El dueño de la librería donde compraba decenas de cuadernos en los que tomaba notas que eran la traducción de mi sorpresa y mis nostalgias, me contaba que había vivido dieciocho años en un suburbio de Buenos Aires y me preguntaba por la campaña de San Lorenzo de Almagro —misteriosamente, el club que han elegido millares de españoles-argentinos para volcar sus fervores futbolísticos—. Esos seres pocos menos que anónimos me brindaron esa solidaridad, ese calor que tanto me faltaba. Esos desconocidos con los que casi nunca crucé más que frases aisladas, y para quienes la literatura era algo ajeno, me ayudaron a sobrellevar esa nostalgia que el transcurso del tiempo hacía crecer por todos los rincones de mi casa. Hoy sé que esa gente, junto con un reducido grupo de amigos, es la que me provocará nostalgia de Madrid cuando esté de regreso en Buenos Aires.

Han pasado siete años. Siete años en los cuales los escritores exiliados hemos publicado varios libros en distintos países cada uno. A este respecto no quiero eludir un dato esencial: fue una editorial de gente muy joven, apenas un poco más de veinte años, la que se atrevió a editar mi poemario *Gajes del oficio*. El interés de esos muchachos por la literatura iberoamericana hizo que también editasen un volumen antológico de Gonzalo Rojas (tal vez el poeta chileno más importante de hoy) y una novela del argentino David Viñas. Ese interés sirve también como contraste y como confirmación de lo que decía antes en elogio de los jóvenes españoles.

Han pasado siete años. Lamentablemente muchos exiliados acosados por la marginación, la falta de trabajo y el desinterés de sus colegas, eligieron otros rumbos o regresaron a sus países de origen. Tal es el caso de los narradores Héctor Tizón, David Viñas, Pacho O'Donnell; de los dramaturgos Alberto Adellach y Eduardo Pavlovsky; del cineasta Fernando Solanas. Otros ya preparan sus maletas, con lo cual en algunos casos este coloquio podría servir de descubrimiento y despedida a la vez. Sin embargo, resulta paradójico que mientras universidades francesas, alemanas, norteamericanas, danesas, italianas, mexicanas o venezolanas, nos invitaban con regularidad para dictar cursos o conferencias, los centros universitarios del país que elegimos para continuar nuestra vida en libertad, ignorasen por completo (o casi), una presencia que —por lo menos— les hubiese aportado un ángulo de visión

distinto, que en su misma diferencia encerraba, aunque fuera potencialmente una posibilidad de conocimiento y, por tanto, un enriquecimiento.

Sin embargo, como la responsabilidad de escribir o de no hacerlo, la tiene única y exclusivamente el escritor y no el contexto ni la indiferencia del medio, en general los exiliados hemos seguido escribiendo casi con furia, como una respuesta a quienes nos habían obligado a marcharnos de nuestros países o nos impedían regresar. Peleando con las nuevas cadencias, mezclando palabras inusuales, giros desconocidos, el exilio ha elaborado una obra marcada por el desarraigo. Un vientito de nostalgia se cuele de improviso hasta en las páginas aparentemente más asépticas. Escribir para un sitio viviendo en otro crea una esquizofrenia que se parece a la ubicuidad. Sabemos que el grueso de nuestros lectores ha quedado en nuestros países de origen y consciente o inconscientemente nos adecuamos a las claves vigentes o que creemos vigentes del otro lado del océano. Pero como sólo un ordenador podría escribir sin recibir influencias del medio, el contexto en el que vivimos nos condiciona aunque nos estemos refiriendo a un atardecer en Montevideo, a los ojos de una muchacha que camina por la calle Merced en Santiago de Chile, o a unos balconcitos bajos de un barrio de Buenos Aires. El exilio condiciona y al mismo tiempo enriquece con una experiencia que —como los agujijones del amor— sólo puede conocerse cuando se ha sentido en las entrañas.

Horacio SALAS
Instituto de Cooperación Iberoamericana
Madrid
(España)

III

Quienes creen en el valor significativo de los números aseguran que el siete señala el cumplimiento de un ciclo. Tras siete unidades de tiempo, algo madura y cambia su calidad. Hace siete años que estoy en España y es ésta la primera vez que una universidad del país que, desde hace un tiempo, es el mío, me invita a decir algo en uno de sus recintos. En estos años he recibido invitaciones del Colegio de México, la Casa de la Cultura de París y las universidades de Toulouse y Berlín, lugares obviamente más distantes de mi domicilio que Madrid.

Temo que la invitación, dado el tema de estas jornadas, resulte tardía. En efecto, desde que el Ministro de Justicia me acordara la nacionalidad española en mayo de 1981, carezco de todo argumento lógico para considerarme un exiliado. ¿Cómo podría serlo en la nación a cuya nacionalidad pertenezco y que es la de mis antepasados paternos desde tiempos inmemoriales, salvo la generación de mi padre? De mi abuelo hacia atrás, hay tantos españoles en mi sangre como en la de cualquier nativo.

Años ha, es posible que esta categoría de exiliado estuviera acomodada a mi situación en Madrid. Salí de Argentina a raíz de la prohibición de mi libro *Olimpo*, que cuenta con el discutible privilegio de ser el primero de la lista que luego fue engrosando con rapidez el gobierno militar. A pesar de no haber recibido amenazas ni aprietos mayores, consideré oportuno alejarme del país, donde era cotidiano encontrarse con cadáveres hasta el número de treinta, cadáveres que nadie sabía cómo ni por qué habían llegado a esa situación, gente conocida o desconocida, con militancia política o sin ella, amigos sospechosos e insospechables. El periódico en que trabajaba, *La Opinión* de Buenos Aires, dirigido por Jacobo Timerman, luego secuestrado, torturado y preso durante varios años en caso que ha tenido mucha repercusión en diarios y libros, dicho periódico sí recibía continuas amenazas